

GOETHE

MI DIOSA

¿Cuál debe uno desear más entre todas las hijas del cielo?

Dejo á cada uno su opinión; pero yo preferiría, esa hija querida de Dios, eternamente móvil y siempre nueva, la Imaginación.

Pues la ha dotado de todos los alegres caprichos que para sí solo él se había reservado, y la loca diosa hace también sus delicias.

Sea que vaya, coronada de rosas, con un cetro de azucenas en la mano, vagando por los valles floridos, mandando á las mariposas, y como la abeja á beber el rocío en el cáliz de las flores;

Sea que vaya con los cabellos sueltos y la mirada sombría, agitándose en el viento en derredor de las peñas, mostrándose después á los hombres teñida de los colores de la mañana y de la tarde, cambiante como las miradas de la luna;

¡ Demos todos las gracias á nuestro padre del cielo, que nos dió por compañera, á nosotros pobres humanos, esa bella, esa inmortal amiga!

Porque él la ha unido con nosotros sólo por nudos divinos, y le ha mandado que sea nuestra esposa fiel en la alegría como en el dolor, y que nunca nos abandonase.

Todas las demás miserables especies que habitan esta tierra viviente y fecunda vagan al acaso, buscando su alimento al través de los placeres groseros y de los amargos dolores de una existencia reducida, y doblada sin tregua bajo el yugo de la necesidad.

Pero á nosotros, nos ha concedido su hija predilecta: ¡ alegrémosnos! y tratémosla cómo una querida adorada; que ocupe el puesto de la señora de la casa.

Y que la sabiduría, esa vieja madrastra, tenga buen cuidado de ofenderla.

Conozco también á su hermana; menos joven, más asentada; es mi apacible amiga. ¡ Ojalá no me abandonase nunca antes que se extinga mi vida, la que por tanto tiempo fué mi dicha y mi consolación: la Esperanza!

LA NOBLE MUJER DE AZÁN-AGÁ.

Canción imitada del morlaco.

¿Qué es lo que se ve allá, en la verde floresta?...
¿nieve ó cisnes?

Si nieve fuera, estaría derretida; cisnes, tomarían el vuelo. No es nieve, no son cisnes, es el resplandor de las tiendas de Azán-Agá. Allí está acostado, padeciendo de sus heridas; su madre y su hermana han venido á visitarle; una extremada timidez impide á su mujer de parecer delante de él.

Pero sus heridas van mucho mejor, y él manda á decir á su fiel esposa: « No me esperes más en mi corte, tú no me verás más en ella ni entre los míos. »

Cuando la esposa hubo recibido esas duras palabras, se quedó sobrecogida y en una profunda aflicción; y

he aquí que oyó las pasos de un caballo delante de la puerta; ella creyó que era su esposo Azán que venía, y subió á su torre para precipitarse de ella delante de sus ojos. Pero sus dos hijas asustadas se arrojaron detrás de ella, derramando amargas lágrimas: « No es el caballo de nuestro padre Azán, es tu hermano Pintorovitch que viene. »

Y la esposa de Azán corre hacia su hermano, lo abraza gimiendo: « Ve la vergüenza, hermano mío, á que está reducida tu hermana..... ¡ Me ha abandonado!..... ¡ la madre de cinco hijos!

El hermano no habla: saca de su faldriquera la carta de separación, envuelta en seda colorada, que devuelve la esposa á su madre, y la deja libre de darse á otro.

La esposa, después de haberse enterado de ese triste mensaje, besa en la frente á sus dos hijos, en las mejillas á sus dos hijas, pero: ¡ ay! al momento de apartarse de su último hijo que aun está mamando, su dolor redobla y no puede dar un paso.

El hermano impaciente la levanta, la pone en ancas sobre el caballo, y se dirige con prisa hacia la casa de sus padres con esa mujer afligida.

Poco tiempo había pasado, no había siquiera siete días, cuando ya varios nobles se habían presentado para consolar nuestra viuda y pedirla en matrimonio. Y hasta el poderoso cadí de Imoski.

Y la joven mujer hizo llorando esta súplica á su hermano: « Te lo pido por tu vida, no me des á otro esposo, no sea que la vista de mis pobres hijos me destroze el corazón. »

El hermano no se dejó enternecer por estas palabras, sino que estaba decidido á darla al cadí de Imoski; pero la virtuosa mujer le suplicó en fin que

por toda gracia mandara una esquila al cadí que contenía estas palabras: « La joven viuda te saluda amistosamente, y con la presente carta, te suplica con respeto, que cuando vengas acompañado de tus esclavos, le traigas un largo velo á fin de que se envuelva en él al pasar delante de la casa de Azán, y que no pueda ver en ella á sus queridos hijos. »

Apenas el cadí leyó este escrito, cuando reunió todos sus esclavos, y se preparó para salir al encuentro de la viuda con el velo que ella pedía.

Llegó felizmente á la mansión de la princesa, ella salió felizmente con él. Pero cuando pasó delante de la casa de Azán, los niños reconocieron á su madre, y la llamaron así: « ¡ Vuélvete, vuélvete á casa! ¡ Ven á comer el pan de la tarde con tus hijos! » La esposa de Azán fué conmovida por esas palabras, se volvió hacia el príncipe: « Permite que los esclavos y los caballos se paren delante de esa puerta querida, para que yo haga aún algunos dones á mis hijitos. »

Y se pararon delante de esa puerta querida; y ella hizo dones á sus pobres hijos; dió á los niños borcuies bordados en oro, á las niñas ricos vestidos, y al más chico que se agitaba en su cuna, un vestido que se pondría cuando sería más grande.

Azán-Agá estaba escondido y veía todo eso, y llamó sus hijos con voz conmovida: « ¡ Volved hacia mí, mis pobres niños! el corazón de vuestra madre está helado, se ha cerrado del todo y no sabe ya compadecer nuestras penas »

La esposa de Azán oyó eso, precipitóse al suelo toda descolorida, y la vida abandonó su corazón destrozado cuando vió sus hijos huir delante de ella.

EL ÁGUILA Y LA PALOMA.

Un aguilucho había tomado su vuelo para ir en busca de su presa; la flecha de un cazador lo hiere cortándole el tendón del ala derecha. Caen en un bosque de mirtos donde, durante tres días devora su dolor, donde durante tres largas noches se abandona á los padecimientos. En fin el bálsamo universal lo alivia, el bálsamo de la benéfica naturaleza: se desliza fuera del bosque, y agita sus alas... ¡ Ay! ¡ el tendón está cortado! Apenas puede rasar la superficie del suelo para cazar una vil presa; profundamente afligido va á posarse sobre una humilde piedra en la margen de un arroyo; levanta las miradas hacia la encina, hacia el cielo y una lágrima moja su ojo soberbio.

Dos palomas que jugueteaban entre los mirtos vienen á posarse cerca de él; vagan dando brinquetes sobre la arena dorada, pasan el arroyo al lado una de otra, y su ojo colorado, que mira al acaso en derredor de ellas, se fija al fin sobre el ave afligida. El macho, al cual esta vista inspira un interés mezclado de curiosidad, se dirige apresuradamente hacia el bosque inmediato, y mira el águila con un aire de complacencia y de amistad: « ¡ Estás triste! amiga, recobra ánimo: ¿ no tienes acaso en derredor tuyo cuánto se necesita para una felicidad tranquila? Ramas de oro te resguardan contra los rayos del sol; tú puedes sobre el tierno musgo, en la margen del arroyo exponer tu pecho al sol poniente. Te pasearás entre las flores cubiertas de un fresco rocío; este bosque te ofrecerá alimentos delicados y abundantes, este cristalino arroyo te apagará la sed..... ¡ Oh amiga! la verdadera

felicidad consiste en la moderación, y la moderación halla en cualquier parte lo que necesita. — ¡ Oh sabio! exclamó el águila entrando en sí misma con una pena más amarga, ¡ Oh sabiduría, bien hablas como una paloma! »

EL BUSCADOR DE TESOROS

Pobre de dinero, con el corazón enfermo, arrastrando voy aquí una vida muy larga; ¡ la miseria es el peor de los males, la riqueza el primero de los bienes! ¡ Es preciso que ponga un término á mis penas, que descubra un tesoro..... aunque tuviese para ello que sacrificar mi alma y firmar mi pérdida con mi sangre!

Y me puse á trazar círculos y más círculos; una llama mágica los recorrió al instante; entonces mezclé hierbas con huesos y se cumplió el misterio. Cavé el terreno en el sitio indicado por las llamas con la seguridad de hallar un antiguo tesoro... La noche en derredor mío era negra y tempestuosa.

Y vi una luz lejana; era como una estrella que se adelantaba desde el extremo del horizonte: dió la medianoche, se fué acercando cada vez más, y no tardé en ver que esa claridad que me deslumbraba la producía una copa encantada que llevaba un hermoso niño.

Ojos de infinita dulzura centelleaban bajo su corona de flores; entró en un círculo mágico, todo resplandeciente del brillo del vaso divino que llevaba y me brindó graciosamente que bebiera en él, y yo dije para mí: Este niño, con su bebida maravillosa, no puede ser el espíritu maligno.

— Bebe, me dijo, bebe el deseo de una vida más pura, y comprenderás mis advertencias: no vuelvas

más á estos sitios atormentado por una fatal avidez, no caves más la tierra con una esperanza culpable; trabaja durante el día, regóciate de noche; pasa las semanas en la actividad, las fiestas en la alegría, y cambios maravillosos se verificarán en tu existencia.

CONSUELO EN LAS LÁGRIMAS.

¿Cómo es que estás tan triste en medio de la alegría general? En tus ojos se conoce que de seguro has llorado.

— Si he llorado, solitario, es de un dolor que á mi solo aflige; y las lágrimas que derramo son tan dulces que me alivian el corazón.

— ¡Ven! alegres amigos te convidan, ven á descansar sobre nuestro pecho, y sea cual fuere el objeto que hayas perdido, dignate confiarnos tu perdida.

— En medio de vuestro ruido, de vuestra algazara, vosotros no podéis comprender lo que hace mi tormento... ¡Y bien, no, nada he perdido aunque me falte lo que me falte!

— ¡Entonces, levántate, joven! En tu edad se tienen fuerzas y valor para adquirir.

— ¡Oh no! ¡yo no puedo adquirirlo! Lo que me falta está demasiado lejos de mí... ¡Es algo tan elevado, tan hermoso como las estrellas del cielo!

— Las estrellas, uno no puede desearlas; se goza de su brillo, se contemplan con delicia cuando está serena la noche

Sí, yo contemplo el cielo con delicia durante días enteros: ¡oh! ¡dejadme que llore de noche todo el tiempo que pueda llorar!»

EL REY DE LOS ALISOS.

¿Quién viaja tan tarde de noche y con el viento? Es el padre y su hijo, un niño que aprieta entre sus brazos para resguardarlo contra la humedad y que esté bien caliente.

«¿Hijo mío, por qué escondes la cara con tanta inquietud? — ¿Papá, no ves al rey de los Alisos?... ¿el rey de los Alisos con su corona y con su cola? — No, hijo, no veo más que una lista de niebla.»

— «Ven, precioso niño, ven conmigo... ¡Á que bonitos juegos jugaremos juntos; hay bonitas flores en las márgenes del arroyo, y en casa de mi madre vestidos todos bordados de oro!»

«¿Padre, padre, oyes lo que me promete de quedo? — Tranquilízate, niño, tranquilízate; es el viento que murmura entre las hojas secas.»

— «¡Precioso niño, ven conmigo! mis hijas ya te esperan: mis hijas bailan de noche; te acariciarán, jugarán y cantarán contigo.»

«Padre, padre, ¿no ves á las hijas del rey de los Alisos, allá donde hace oscuro? — Hijo mío, ya veo lo que quieres decir.... Veo los viejos sauces que son cenicientos.»

— «Te quiero, niño, tu cara me encanta; ven conmigo de buena voluntad, ó por fuerza te llevo.»

«¡Padre, padre! me agarra, me ha herido el rey de los Alisos!»

El padre se estremece y precipita su marcha apretando contra su pecho su hijo, que respira penosamente, y llega por fin á su casa... El niño estaba muerto entre sus brazos.

EL DIOS Y LA BAYADERA.

Cuento indio.

Mahadoeh, el dueño de la tierra, bajaba á ella por la sexta vez, á fin de hacerse nuestro semejante y experimentar nuestros goces y nuestros dolores. Como habitaba entre los mortales, se había resignado á igual suerte; quería observar á los hombres, de hombre, para recompensar ó castigar. Y cuando en un viaje había atravesado una ciudad, humillado algunos grandes, exaltado algunos humildes, el dios se alejaba de ella en la tarde y seguía su camino.

Un día que salía así de una ciudad vió una bonita joven con mejillas color de rosa en una de las últimas casas. « Buenos días, niña. — Mil gracias, señor; sírvase esperarme, vengo á su encuentro. — ¿Quién sois pues? — Una bayadera y ésta es mi casa. » Ella se acerca haciendo resonar los alegres címbalos, figura en redor de él mil danzas diferentes; después se prosterna y le ofrece flores.

Lo atrae por fin graciosamente á su casa: « Hermoso extranjero, mi habitación va á alumbrarse para ti de brillante luz. Si te hallas cansado podrás descansar en ella; lavaré tus pies lastimados por el camino; todo cuanto puedas desear, descanso, alegría y placer vendrá á ofrecérsese de por sí. » Y procura suavizar los padecimientos fingidos del dios que le sonrío: éste descubre con placer un corazón sensible entre tanta corrupción.

Y exige de ella un juramento de esclava; pero la joven lo cumplía con un celo constante, y lo que hacía primero por complacencia, en breve pareció que lo hiciera por necesidad; pues del mismo modo que la

flor no tarda en reemplazar el fruto, el amor insensiblemente conduce á la sumisión. Pero para mejor probarla, el dios la hace pasar sucesivamente de los ardientes arrebatos del placer á las angustias y al dolor.

Y apenas le da un beso, ella siente en sí misma todas las penas del amor, comprende su esclavitud, y llora por la primera vez. Se postra á los pies del dios; no porque espere de él galardón alguno, sino porque sus miembros se niegan á sostenerla. No tardará sin embargo la noche en correr sus velos sobre los instantes de felicidad que recompensarán su amor.

Después de un corto sueño, recuerda y halla su amable huésped muerto á su lado: en vano lo aprieta entre sus brazos dando grandes alaridos... ¡No se despertará más! Y la llama pronto devorará su cuerpo helado; los bracmanes han entonado ya el himno de los muertos.... Apenas lo oye, se precipita por medio de la multitud... « ¿Quién eres tú? con qué derecho te acercas de esta pira fúnebre? »

Pero ella se arroja deshecha en llanto encima del cadáver. « ¡Es mi querido y vengo á buscarlo sobre su pira; vengo para mezclar mis cenizas con las suyas! Él era mío, mío todo entero.... ¡Quiero dormir una vez más entre sus brazos! » Y los sacerdotes cantaban: « Conducimos á la tumba el anciano helado por largos padecimientos y también el joven que nunca los ha experimentado.

— Escucha las palabras de los sacerdotes: este no era tu esposo; tú eres una bayadera, y no tienes deberes que cumplir. La sombra sola acompaña el cuerpo á su última mansión; la esposa sola sigue al esposo; es á la vez su deber y su gloria. Suenen las trompetas, que acompañen el canto sagrado. — Recibid, oh dioses, el ornamento de la tierra y que las llamas suban hasta vosotros! »

De este modo permanecen sordos los sacerdotes á sus ruegos; pero ella, con los brazos extendidos, se arroja en esa muerte resplandeciente. De repente el dios se levanta en medio de la llama, abraza la que tan tiernamente le quería y se la lleva al cielo consigo. Así se alegran los dioses del arrepentimiento, y conceden la eterna felicidad á los culpables que el dolor ha purificado.

EL VIAJERO

EL VIAJERO. ¡ Dios te bendiga, joven, así como el niño que cría tu pecho ! Permíteme que ponga mi carga sobre esas peñas, bajo la sombra de esos olmos y descanse cerca de ti.

LA MUJER. ¿ Cuál motivo te hace recorrer la senda polvórosa durante el calor del día ? ¿ Traes mercaderías de la ciudad para venderlas en estas comarcas ? ¿ Te sonríes, extranjero, de esta pregunta ?

EL VIAJERO. Yo no traigo mercaderías de la ciudad. Pero la tarde no tardará en derramar su frescura; enséñame, amable joven, la fuente donde apagas tu sed.

LA MUJER. He aquí una senda entre las peñas. Súbela; ese caminito entre la maleza conduce á la choza que habito, á la fuente donde apago mi sed.

EL VIAJERO. ¡ Trazas de la mano industriosa del hombre en medio de estas breñas ! ¡ No eres tú que has juntado estas piedras, oh naturaleza, tan rica en tu desorden !

LA MUJER. ¡ Todavía más arriba !

EL VIAJERO. ¡ Un arquitrabe cubierto de musgo ! ¡ Te reconozco, espíritu creador ! ¡ has impreso tu sello sobre la piedra !

LA MUJER. ¡ Sigue subiendo, extranjero !

EL VIAJERO. Ahora estoy pisando una inscripción... ¡ Y no poder leerla ! ¡ No existís más, oh palabras tan profundamente cinceladas en el mármol, y que debíais testimoniar ante mil generaciones la piedad de vuestro autor !

LA MUJER. ¡ Te sorprende el ver esas piedras ; alrededor de mi choza hay muchas más !

EL VIAJERO. ¿ Allá arriba ?

LA MUJER. Sobre la izquierda, cruzando por la maleza... Ahí.

EL VIAJERO. ¡ Oh Musas ! ¡ oh gracias !

LA MUJER. Es mi choza.

EL VIAJERO. ¡ Las ruinas de un templo !

LA MUJER. Y más abajo, en la cuesta, corre el manantial donde apago mi sed.

EL VIAJERO. ¡ Vives todavía sobre tu tumba, genio divino ! tu obra maestra se ha desplomado sobre ti, oh inmortal !

LA MUJER. Espérate, voy á buscar un vaso para que bebas.

EL VIAJERO. La hiedra revisté ahora tus creaciones ligeras y divinas. ¡ Cómo te arrojas de entre estas ruinas, graciosa pareja de columnas, y tú, su hermana, que te quedas allá solitaria !.. ¡ Con la cabeza cubierta de musgo echáis sobre vuestras compañeras una mirada triste pero majestuosa ! La tierra, los escombros nos las esconden ; espinos y altas hierbas las cubren todavía con su sombra. ¿ Estimás pues tan poco, oh naturaleza, las obras maestras de tu obra maestra ? ¡ Arruinas sin piedad tu propio santuario, y en él siembras el cardo !

LA MUJER. ¡ Qué bien duerme mi niño ! ¡ Extranjero ! ¿ quieres descansar en la choza, ó prefieres quedarte aquí al aire ? Toma el niño, que iré á buscarte agua. — ¡ Duerme, mi niño, duerme !

EL VIAJERO. ¡Qué dulce es su sueño! ¡Cómo respira apaciblemente en su lozana salud!... ¡Tú que naciste encima de estos santos restos del pasado, ojalá su genio venga á descansar en ti! ¡Ese á quien acaricia su soplo sabrá, lo mismo que un dios, gozar de todos los días! Tierno vástago, florece, sé la honra de la soberbia primavera, brilla delante de tus hermanos, y cuando tus flores caigan marchitas, que un hermoso fruto salga de tu seno para madurar bajo los rayos del sol!

LA MUJER. ¡Qué Dios te bendiga! — ¿Y todavía duermes? ¡Pero juntamente con esta agua no tengo más que un pedazo de pan que ofrecerte!

EL VIAJERO. Te doy las gracias. — ¡Cómo todo florece y reverdece en derredor nuestro!

LA MUJER. Pronto volverá del campo mi marido: ¡quédate, extranjero, quédate para comer con nosotros el pan de la noche!

EL EXTRANJERO. ¿Vivís aquí?

LA MUJER. Sí, allá entre esas paredes: mi padre ha fabricado la choza con tejas y escombros, y desde entonces vivimos en ella. Me dió á un labrador, y murió entre nuestros brazos. — ¿Has dormido bien, amor mío? ¡Qué alegre está, cómo quiere jugar, el briboncito!

EL VIAJERO. ¡Oh inagotable naturaleza! has creado todos los seres para que gozen de la vida; has dividido tu herencia entre todos tus hijos como una buena madre... Á cada uno una habitación. La golondrina construye su nido en las almenas, y poco se cuida de los ornamentos que esconde su obra. La oruga hila en derredor de la rama dorada un asilo de invierno para sus huevos: ¡y tú, hombre! te haces una choza con las ruinas sublimes del pasado... ¡Tú gozas sobre tumbas! — ¡Adiós, feliz mujer!

LA MUJER. ¿No quieres, pues, quedarte?

EL VIAJERO. ¡Dios te guarde! ¡Dios bendiga á tu hijo!

LA MUJER. Te deseo un buen viaje.

EL VIAJERO. ¿Dónde me llevará esa senda que columbro sobre la montaña?

LA MUJER. Á Cumas.

EL VIAJERO. ¿Hay todavía mucho que andar?

LA MUJER. Tres millas largas.

EL VIAJERO. Adiós. — Guía mis pasos, naturaleza; los pasos de un extranjero sobre estas tumbas sagradas de otro tiempo; guíame hacia un retiro que me resguarde contra el viento del Norte, donde un bosque de álamos me abrigue contra los rayos ardientes del mediodía; y cuando por la tarde, vuelva á mi choza, con los últimos rayos del sol en la cara, haz que en ella halle una mujer como ésta con un niño en sus brazos.

LA PRIMERA NOCHE DEL SABBAT.

Trozo lírico.

UN DRUIDA. ¡He aquí mayo que nos sonríe! la floresta está libre de hielo y de escarchas. Ha desaparecido la nieve y cantos alegres suenan entre la verdura nueva. La blanca nieve se ha retirado hacia las altas montañas: es preciso sin embargo que subamos hasta la cima, según la costumbre antigua y santa, para alabar el Padre de todas las cosas. ¡Que la llama se levante al través del humo: así es como suben los corazones hacia él!

ALGUNOS DRUIDAS. ¡Que la llama se levante al través del humo! Sigamos la costumbre antigua y santa de

alabar al Padre de todas las cosas. ¡Subamos, subamos!

UNA VOZ EN LA MULTITUD. ¡Pero qué audacia os arrebatada! ¿queréis ir á la muerte? ¿No sabéis que nuestros enemigos victoriosos se hallan por esa parte? ¡Sus lazos están tendidos en derredor de estos parajes para sorprender á los pecadores!... ¡Ay! degollarán en nuestras chozas nuestras mujeres y nuestros hijos, y todos iremos á una muerte segura.

CORO DE LAS MUJERES. En el asilo de nuestras chozas, degollarán á nuestros hijos esos implacables vencedores, y nosotros iremos á una muerte segura.

UN DRUIDA. El que va á recibir nuestros sacrificios protegerá sus adoradores. La floresta está libre, la leña no falta y haremos piras enormes. Sin embargo, parémonos en la maleza inmediata, y quedémonos tranquilos todo el día; coloquemos guerreros para que vigilen en defensa nuestra; mas esta tarde es menester pensar en cumplir animosamente con nuestro deber.

CANTO DE LOS GUERREROS QUE VIGILAN. Vigiland aquí, intrépidos guerreros, en los alrededores de la selva y vigilad en silencio, mientras ellos cumplirán con su santo deber.

UN GUERRERO. Esos cristianos insensatos se dejan enganar por nuestra audacia: ¿si los espantáramos nosotros mismos por medio del diablo en el cual creen ellos?... ¡Venid! es preciso armarnos de cuernos, de horcas y de hachones, hacer un gran estrépito entre las peñas. ¡Mochuelos y buhos, acompañad nuestra ronda y nuestros ahullidos!

CORO DE LOS GUERREROS QUE VIGILAN. Armémosnos de horcas y de cuernos, como el diablo en el cual creen ellos, y hagamos un gran ruido por medio de las peñas. ¡Mochuelos y buhos acompañad nuestra ronda y nuestros ahullidos!

UN DRUIDA. ¡Ahora, en el seno de la noche, celebremos altamente al Padre de todas las cosas! ¡El día se acerca en que será preciso llevarle un corazón purificado! Puede permitir que el enemigo triunfe hoy, y algunos días más; pero la llama se arroja fuera del humo: así se purifica nuestro culto; pueden arrebatarnos nuestros antiguos usos; pero la luz divina ¿quién nos la arrebatará?

UN CRISTIANO. ¡Ayuda! ¡Socorro, hermanos míos!... ¡Ah! he aquí el infierno que se viene encima de nosotros!... ¡Ved esos cuerpos mágicos que son todo fuego!... ¡esos hombres lobos y esas mujeres endriagos que se apiñan como una multitud insensata! ¡Oh! ¡qué tumulto espantoso! ¡Huyamos todos, huyamos bien lejos!... ¡Allá arriba flamea y ruge el diablo... y el olor infecto de los brujos llega hasta nosotros!

CORO DE LOS CRISTIANOS. ¡Ved, ved esos cuerpos mágicos! hombres-lobos y mujeres-endriagos... ¡Oh, qué tumulto espantoso!... ¡Allá arriba flamea y ruge el diablo... y el olor de los brujos llega hasta nosotros!

CORO DE LOS DRUIDAS. La llama se arroja fuera del humo: así se purifica nuestro culto! Pueden arrebatarnos nuestros antiguos usos; pero la luz divina ¿quién nos la arrebatará?

LEYENDA

Quando Nuestro Señor habitaba este mundo, pobre y desconocido, algunos jóvenes seguían sus pasos, pero solamente algunos de ellos comprendían sus lecciones; y le gustaba tener sus reuniones al aire libre; porque bajo la mirada del cielo, se habla mejor y más libremente. Entonces las más sublimes instrucciones salían

de su boca divina bajo forma de parábolas y de ejemplos, y su palabra convertía así en templo el mercado más vulgar.

Un día, que se dirigía paseándose hacia un lugarcito con uno de sus discípulos, vió relucir alguna cosa en el camino : era un fragmento de herradura. Y dijo á san Pedro : « Recoge ese pedazo de hierro. » San Pedro tenía otra cosa en la cabeza, y mientras andaba, iba revolviendo en su mente ciertos pensamientos que se referían al modo de gobernar el mundo, como sucede á cada uno de nosotros de tenerlos á veces; ¿ pues quién puede limitar el trabajo de la mente? Pero esa clase de ideas le gustaba mucho y el hallazgo le pareció cosa de muy poca importancia. Pase si hubiera sido un cetro ó una corona... ¿ Pero una media herradura, valía la pena de agacharse? Siguió pues andando é hizo como si no hubiera oído.

Nuestro Señor con su paciencia habitual, recogió él mismo el pedazo de hierro, y siguió él también su camino sin hacer muestra de nada. Cuando alcanzaron el pueblo, se paró delante de la puerta de un herrero y se lo vendió por tres maravedises; después cruzando el mercado, percibió muy hermosas cerezas; compró de ellas tantas y tan pocas cuantas se pueden dar por semejante precio; y se las puso dentro de la manga sin más explicación.

Luego salieron por una puerta que llevaba á campos y llanuras donde no se columbraban ni árboles ni casas; el sol estaba en su fuerza y el calor era grande. En semejante caso, mucho daría uno por un poquito de agua. El Señor iba delante, y como por descuido, dejó caer una cereza. San Pedro se dió prisa en recogerla como si hubiese sido una manzana de oro, y con ella se refrescó el paladar. Nuestro Señor, después de corto rato, dejó rodar por el suelo otra cereza. San

Pedro se agachó al instante para recogerla, y el Señor volvió varias veces á hacerle hacer la misma cosa. Después de algún tiempo, el Señor le dijo con una sonrisa : « Si tú hubieses sabido agacharte cuando era menester, no tendrías ahora tanto trabajo : el que teme molestarse por poca cosa mucho se agitará por mucho menos. »

EL BARDO.

« ¿ Qué es lo que oigo allá, en la puerta? ¿ quién canta sobre el puente levadizo? Es preciso que esos cantos se acerquen á nosotros y resuenen en esta sala. » Así dice el Rey y un paje echa á correr; vuelve el paje y el Rey grita : « ¡ Qué hagan entrar al anciano!

— ¡ Salud, nobles señores, salud también hermosas damas : veo aquí el cielo abierto, estrellas sobre estrellas! ¿ Quién podría nombrarlas? Mas en esta sala toda llena de riqueza y de grandeza, cerraos, ojos míos, que no es el momento de admirar. »

Cierra los ojos el bardo y su poderosa voz resuena... Los caballeros levantan ojos encendidos; las damas bajan sus dulces miradas.

El Rey complacido, manda á buscar una cadena de oro para recompensar tan hermoso talento.

« ¡ Una cadena á mí! dadlas á vuestros caballeros que rompen las lanzas enemigas, dad á vuestro chambelán esa carga preciosa para que la añada á las que lleva ya.

« Yo canto como canta el ave en la enramada; que sonidos melodiosos salgan de mis labios, esa es mi recompensa; sin embargo me atreveré á hacer os una súplica, una sola : que me den vino en la más hermosa copa, una copa de oro puro. »